



# Tándem

Maria Barbal



DESTINO

Premio Josep Pla 2021

# Tándem

# Maria Barbal

Traducción de  
Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1522

Título original en catalán: *Tàndem*

© Maria Barbal, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© de la traducción: Manuel Pérez Subirana, 2021

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-233-5874-8  
Depósito legal: B. 1.435-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso por Rodesa, S. L.  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

Siempre nos falta alguna cosa, y cuando yo descubrí a Elena a mí me faltaba casi todo. Me limitaba a existir.

Era un día de primavera arisca, de esos de finales de marzo, cuando en Barcelona sopla el viento y refresca pero hacia mediodía hay que empezar a quitarse la ropa porque el calor ha penetrado ya en los cuerpos despistados. No suelo llevar americana, soy de los que prefieren la elasticidad del punto, y además Remei, en los últimos tiempos, se entretenía tejiendo chaquetas. Tengo cuatro, de colores diferentes. No, no murió de cáncer. No fue ninguna larga enfermedad. Una tarde, justo después de empezar la que habría sido la quinta pieza, y tras anunciarlo diciéndome que aún no tenía ninguna chaqueta de color verde, me dijo me duele la mollera, así mismo, y se llevó la mano a la cabeza como un niño pequeño. Al cabo de nada esti-

ró los pies y expiró; las agujas, con las que ya había tejido algunas hileras, se deslizaron por su falda, y yo corrí a llamar a emergencias, desorientado y confuso. Era la primera vez que veía morir a alguien, y justamente le tocó a Remei, la persona de quien me había enamorado hacía ya demasiado tiempo.

Para empezar a hablar del encuentro con Elena he escrito sobre la primavera y he recalado en Remei. No era mi intención. Ni mucho menos. Empezaré de nuevo.

A causa de mi dolor de espalda y porque le dije que dormía mal, el médico me había aconsejado que practicara yoga, así que me apunté a un grupo de iniciación en el Centro Cívico de Cotxeres, en el barrio de Sants, donde vivo. En mi primera sesión, me di cuenta de que era el único hombre entre al menos una docena de mujeres. No era lo ideal, pero, a mi edad, esa situación, que años atrás me habría resultado incómoda, ahora apenas me afectó e incluso acabé encontrándome a gusto.

Cuando una mañana Elena me preguntó si había sido padre de la Escuela Estrella, adonde ella había llevado a su hijo cuando era pequeño, yo casi no recordaba que en un tiempo lejano había sido padre. Debo aclarar que mi hijo está vivo, o eso tengo entendido, pero hace años que vive en Gran Bretaña y desde el día del entierro de Remei no lo

he vuelto a ver ni tampoco me ha escrito. Elena me dijo que recordaba a una niña, llamada Sílvia, con la que su hijo Marc siempre quería jugar, pero que era uno o dos cursos más pequeña. Comprendí que me tomaba por el padre de la tal Sílvia. Según ella, un día habíamos ido al zoológico con los niños en compañía de otros padres y madres. Mientras me hablaba, yo veía un rostro lleno de luz y unos ojos bonitos que evitaban el cara a cara.

No acostumbro a mentir, pero el instinto me sopló que, si le confesaba que no era el padre de ninguna Sílvia, adiós muy buenas. Ahora comprendo que inicié así una especie de camino en falso que podría haber tenido consecuencias, pero, como ya he dicho al principio, yo estaba muy necesitado. Creo que la mentira me favoreció de algún modo, pues, tal como me veo, habría sido difícil que mi físico le pareciera interesante sin ser alguien que le resultase conocido. Hay que decir que yo ya me había fijado en Elena, pues entre todas las mujeres del grupo no era de las más mayores y su cuerpo, bien colmado y proporcionado, me resultaba atractivo. De una forma natural, parecía bastante más joven de lo que era en realidad.

A la salida la seguí a cierta distancia sin ningún propósito en concreto, quizá esperando que el azar se mostrase benévolo y me permitiese volver a hablar con ella. Tras caminar un rato junto a otra de

las mujeres del grupo de yoga, Elena se despidió de ella y entró en una cafetería. Yo, alarmado ante aquella nueva oportunidad, pasé de largo y caminé un buen tramo de la calle de Sants en dirección a la plaza de España, mirando los escaparates como si necesitase alguna cosa. De pronto me re-  
criminé, empecé a insultarme. No era más que un carcamal, y nunca tendría nada porque no me atrevía a dar ni un paso para conseguirlo. Cuando estuve del todo indignado, di media vuelta y regresé al bar. Allí estaba ella, tomando café, y al acercarme me pareció que, totalmente absorta, acababa de decir una palabra en voz alta.

Siempre me han atraído las mujeres que, en lugar de tomar café con leche, toman café solo. Elena no mostró sorpresa alguna ante mi aparición y empezó a hablar de nuevo de su Marc. Yo, por mi parte, me inventé la vida de una Sílvia que, según planeé, sería mi hija durante un rato y a la que después borraría del mapa.

Así pues, Elena me habló de su hijo. En aquel entonces se dedicaba a la enseñanza, que era a lo que se había dedicado ella, y vivía solo y se veían poco. Por lo que respecta a Antoni, lleva unos diez años en el extranjero. Desde hace tres vive en Bournemouth, una ciudad costera del sur, frente a la isla de Wight, y no parece que tenga intención de regresar.

—Sílvia vive en Alemania.

Tenía que vivir en otro país, no sé por qué lo decidí así, pero ya estaba dicho. Escogí Alemania, y concretamente Colonia, porque había estado allí. Cuando ella me respondió con una pregunta y no supe qué contestar, pude percibir el silencio, pero me pareció una sensación tolerable, incluso bonita, y me quedé un momento como encantado. No repitió la pregunta, parecía como si también ella se sintiera bien sin decir nada. Para entonces, yo ya me había hecho una idea de qué tipo de persona era Elena y estaba un poco aturdido. Lo más curioso era que en la cafetería todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo en interrumpir sus conversaciones. Tras girarme para comprobar si estaba ocurriendo algo extraordinario, le solté:

—Si tienes un hijo que vale tanto, ¿por qué estás tan triste?

Sus ojos entre verde y tostado claro se nublaron. Entonces no estaba seguro, los veía verdes y, al instante siguiente, mientras se erguía, del color que tienen algunas hojas al ser teñidas por el otoño.

## 2

Me había cambiado rápido para esperarla en la calle. Durante la sesión, Elena y yo no habíamos coincidido el uno al lado del otro. Yo me había puesto al fondo de la sala y, mientras escuchábamos las indicaciones, no le había quitado el ojo de encima ni un momento. Como siempre, la veía serena, y aquella mañana, con el sol que entraba en el aula, sus cabellos castaños brillaban. Me pareció un buen augurio.

Mientras bajaba la escalera, se me unió una de las señoras —llamo «señoras» a las que son mayores que yo—, una simpática viejecita que justo aquel día hubiera deseado lejos de mí y que me empezó a hablar de los efectos que el yoga tenía en su salud. Yo había visto a Elena bajando dos pisos por delante de mí. Normalmente, las mujeres se cambian más despacio que los hombres, y además yo tenía un vestuario para mí solo y acababa ense-

guida, pero esta vez ella había ido más deprisa. Mientras hablaba con la señora, se me ocurrió que tal vez no quería cruzarse conmigo. Saltándome la debida cortesía, interrumpí a aquella entusiasta del yoga y le dije:

—¡Tengo prisa! Hasta el jueves.

Tengo prisa, tengo prisa.

Cuando llegué a la calle de Sants, no había ni rastro de Elena, se había esfumado. No quería arriesgarme a encontrarme con alguien más del grupo, así que crucé la calle en dirección a casa. Al pasar por la pastelería Vives, eché un vistazo al interior y la vi: a través de la puerta transparente vi su espalda. La esperé junto a la vitrina, sintiendo cómo se me despertaba el hambre.

Me gustó que no dijera nada al encontrarnos, y también que me ofreciera una de las galletas de chocolate que acababa de comprar. Daba la impresión de que los dos caminábamos hacia la misma casa. El tiempo estaba revuelto, unos nubarrones grandes se deslizaban por un cielo de luz viva y clara, creando contrastes. Ahora mucha luz, ahora un poco menos. Pese a la estridencia de los coches que circulaban en direcciones opuestas, tuve la sensación de que el ambiente me daba aire, como si yo todavía mereciese cosas buenas y no fuera todo una absoluta miseria.

—Desde el otro día...

Ella continuaba callada, comía con calma como una niña confiada.

—... me he quedado con ganas de hablar más contigo...

Sentí la necesidad de corregirme.

—... de estar contigo.

—¡Ni que yo fuera Sophia Loren!

Lo dijo muy alto y un hombre que caminaba cerca se giró. Nos echamos a reír y nos detuvimos, el hombre se alejó. Cuando ella adoptó de nuevo su expresión seria, vi que tenía un poco de chocolate en el labio superior, en la parte izquierda, y con un dedo se lo quitó, demorando el contacto. Me miró fijamente, y pensé que igual me daba una bofetada.

—¿De qué quieres hablar? ¿De practicar yoga?

En aquel momento, el tiempo me había vuelto a parecer sombrío, y la palabra *practicar* tuvo en mi interior el efecto de un bocinazo.

—Estaremos mejor en un lugar tranquilo.

La agarré de una mano y caminamos deprisa hacia mi piso, no debimos de tardar ni cinco minutos. Temí que me diera un empujón o que se quejara, que me dijera qué mosca te ha picado. Pensé que tal vez preguntaría algo. Pero, como una adolescente que se estuviera escapando de clase con un compañero, permaneció a mi lado y subió la escalera al mismo ritmo que yo, sin decir una palabra.